

Gilbert Cesbron

PERROS PERDIDOS SIN COLLAR


ENCUENTRO

LITERATURA



GILBERT CESBRON

Perros perdidos sin collar

Traducción de María Barbeito y Cerviño

Destino Sinopsis

Francia, principio de los años 50. Toda una generación de chicos huérfanos de la Segunda Guerra Mundial o abandonados por sus padres a causa de las dificultades de la posguerra han sido marginados por la sociedad y reclusos en fríos y hostiles centros de menores.

Gilbert Cesbron describe magistralmente en esta novela, que le catapultó a la fama, la vida cotidiana de un grupo de estos chicos reclusos en un correccional, sus intereses, aspiraciones y sufrimientos, su búsqueda incesante de afecto y la construcción de su propia identidad a través de las grandes dificultades que han de atravesar.

Los chicos tienen a su lado al juez de menores Lamy, quien se ve llamado a la difícil tarea cotidiana de hacer que, en medio de un ambiente cargado de escepticismo y desesperanza, puedan emerger las semillas de generosidad, afecto y pureza que sólo una mirada llena de compasión es capaz de descubrir en estos chicos.

Escrito en un lenguaje crudo y directo, con tintes fuertemente dramáticos, el lector descubrirá la actualidad temática y estilística de esta obra, de cuya primera publicación se cumplen ahora 60 años.

Título Original: Chiens perdus sans collier

Traductor: Barbeito y Cerviño, María

Autor: Cesbron, Gilbert

©1955, Destino

ISBN: 9788490550786

Generado con: QualityEbook v0.86

Generado por: Silicon, 04/09/2018

Gilbert Cesbron

Perros perdidos sin collar

TÍTULO del original francés, Chiens perdus sans collier

Traducción, María Barbeito y Cerviño

Edición íntegra

© Ediciones Destino, 1955

Depósito legal B. 9735-67

Al padre de Dominica dedico esta historia, quizá demasiado gris, quizá demasiado rosa. Pero este color indeciso se lo dan, al mezclarse, la sangre de los niños, la blancura del invierno y lo negro de la ciudad.

Y de repente, Alain Robert vio un castillo, el primero de su vida... Sí, en la otra orilla y entre aquel polvillo de sol que todo lo envolvía, lejano, elevado y teatral, había un castillo con almenas, torreones, quizá también «matacanes». (¡Si al menos supiese lo que era aquello...!) ¿Qué caballeros y qué caballos vivían así en pleno París?

—¡Deprisa, Alain Robert! —dijo el acompañante con tono cansado. (Desde aquella mañana a las cuatro, desde el timbre que le despertó, en la calle desierta, en la estación y en

el vagón maloliente, no sabía más que repetir lo mismo: «Deprisa, Alain Robert!»...—). ¡Vamos! —repitió el conductor—, ¿qué pasa?

Se volvió y vio al niño inmóvil: cejas fruncidas que se aproximaban; ojos negros y límpidos, labios entreabiertos como si fuese a hablar; no; como si acabase de llorar. Aquel muchachito de once años que no parpadeaba nunca, que en el tren, con las manos en los bolsillos y el cuello levantado, no había dormido un instante ni había hecho una sola pregunta, aquel chico extraño le intimidaba.

—¿Allí? —preguntó Alain Robert, con la voz enronquecida de la madrugada, y levantó el brazo. (Solamente dos dedos salían de la manga, demasiado larga)—. ¿Qué es eso?

—El Palacio de Justicia. ¡Ven!

—¿Qué hay dentro?

—Ladrones, asesinos..., jueces. ¡Vamos, vamos, deprisa!

Alain Robert imaginó enseguida subterráneos de tortura, patíbulos en cada piso, verdugos de caperuza roja, cuyas manos...

El pitido de un remolcador lo resolvió todo. El muchacho corrió hasta el centro del puente para inclinarse sobre el remolcador cuando éste apareciera bajo el arco. Vio a otro niño de su edad tumbado en la popa de un barco, entre dos macetas de flores y una jaula de conejos. Sus miradas se cruzaron sin simpatía. «¿Y si yo me largase también?», pensó Alain Robert, apretando los puños dentro de sus desmesuradas mangas.

—Mira —dijo el acompañante, que le había alcanzado—, mira un panorama célebre: ése es el Palacio de Justicia... A la izquierda, el Tribunal de Comercio y la Prefectura de Policía... Y allí, detrás, el Hôtel-Dicu, un hospital muy antiguo.

Tribunal, Policía, Hospital: con tres palabras de adulto había construido un mundo de piedra en el que el chico respiraba mal y sentía el estómago vacío. «¡Oh, el barco, el niño acostado, tan lejos ya... 1»

Alain Robert levantó su rizada cabeza y se fijó en aquel tipo que hablaba con agradable sonrisa: sombrero, lentes, im-

permeable, un conjunto perfecto. ¡Un monumento entre los otros! ¿Por qué, sin embargo, su mano estaba caliente?

—...Y el mercado de flores, que también es bastante pintoresco —concluyó el hombre.

Pero el muchacho ya no escuchaba. Desde el mercado de flores un perro venía corriendo hacia ellos. Alain Robert sintió latir fuertemente su corazón antes de comprender por qué. Estirados la cabeza y el cuello, fija la mirada, aquel perro corría a paso ligero. Seguía recto hacia adelante, con ciega obstinación. Sin embargo, en semejante encrucijada, tan movida, tan ruidosa, el paso insólito de aquel animal silencioso y apresurado parecía no asombrar más que a Alain Robert. El animal le rozó sin moderar la marcha. Su mundo se reducía a una estela de olor que le huía... Avanzaba con la boca abierta y la lengua colgante. Luego dudó un momento, pero sin detenerse, como un velero que cambia de rumbo. Atravesó la calle oblicuamente sin preocuparse por los carruajes, y uno de los agentes que guardan la entrada del Palacio de Justicia comenzó a observarlo. Alain Robert lo notó, frunció las cejas y apretó los labios; en aquel momento oía muy distintamente latir su corazón: ¿cómo no lo oía el tipo del impermeable...? El perro continuó su carrera por la otra acera, con falsa alegría, como si reconociese el camino. Dio así vuelta a la plaza y volvió a encontrarse en el mismo sitio. Entonces se detuvo, jadeante, y volvió la cabeza a un lado y luego al otro, con el mismo gesto de los moribundos. Y Alain Robert, que no lo había perdido de vista, se dio cuenta de que no llevaba collar...

Desde entonces el muchachito se olvidó de respirar; hizo una gran inspiración ronca que le sacudió todo el cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó el acompañante, que explicaba con voz clamante en el desierto la fundación del hospital.

—¡Nada! —respondió el niño con voz sorda—. Bueno, ¿y después de San Luis...?

Quería estar tranquilo, y la tranquilidad de los niños existe cuando hablan las personas mayores. Acababa de comprender que aquel perro se había extraviado y que el bue-

no del animal también acababa de darse cuenta de ello; por eso quería que le dejaran tranquilo.

—Pues bien, después de San Luis...

El animal había vuelto a marchar, pero en sentido opuesto. Era un gran perro de pelo cobrizo con manchas blancas, muy delgado; la pelambre le flotaba en torno al cuerpo, como el ropaje suntuoso de un viejo rey destronado. ¡Una verdadera máquina de correr! «Vamos —supuso el muchacho—, sabrá hacerlo el tiempo necesario.» Pero no. El perro se paró otra vez y Alain Robert vio claramente cómo le temblaban las patas como si fuera a desmayarse. ¿Se estremecía, o era que el viento le corría por el pelaje? Volvió a andar, y súbitamente atravesó la misma calle casi por el mismo sitio. Esta vez por poco le aplasta un coche; Alain Robert levantó el brazo como para impedirlo desde lejos... El perro retrocedió, con el lomo doblado en movimiento de ola y mostrando una mirada humilde y temerosa. El agente lo señaló con el dedo e hizo una seña a sus dos colegas.

—Oiga —preguntó bruscamente Alain Robert—, ¿qué hacen con los perros perdidos?

—Pero... ¡eso no tiene ninguna relación! —respondió el otro, colocándose sus gafas. (Hablaba de la Santa Capilla.)

—¿Qué les sucede?

—La policía captura los perros vagabundos para llevarlos al depósito.

—¿Y allí los... recogen? —Su voz temblaba de ansiedad.

—Los sacrifican.

—Ah, bien... Pero... ¿a quién? —preguntó después de un momento.

—¿Cómo?

—¿A quién los sacrifican? —Se había dejado coger en el lazo de las grandes palabras.

—Sacrificar quiere decir matar —dijo el hombre. Y parecía dichoso por pertenecer a la clase de personas que dicen «sacrificar» en vez de «matar».

—¡Los matan! —gritó casi Alain Robert—. Pero ¿qué han hecho?

—Es cuestión de orden; los perros vagabundos son peligrosos para el orden...

Este debía de ser también el parecer de los agentes. Alain Robert los vio agruparse y desplegar sus esclavinas como pájaros nocturnos. Con terrible naturalidad se dirigieron hacia el perro, que con los flancos temblorosos se había parado no lejos de ellos. Veía aproximarse a los hombres azules, los olfateaba, tendía imperceptiblemente el cuello hacia ellos. Su cola se movía; Alain Robert se sintió agobiado por la vergüenza.

Lo que siguió tardó menos tiempo en suceder que lo que se tarda en leerlo. El hombre del impermeable vio echar a correr al muchacho y se quedó cortado en la expresión «encaje de piedra»; sí, correr y cruzar a ciegas la calle, como el perro. Al mismo tiempo que corría, el chiquillo hurgaba en su bolsillo izquierdo —el frasquito de esencia..., baratijas..., una castaña..., ¡no era eso!—; después, en el derecho. Allí encontró un largo bramante, que desenredó. Los agentes habían acabado su maniobra y tenían cercado al animal. Alain Robert penetró en el círculo y —«¡qué importa que me muerda!»— tendió su mano hacia el animal.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué haces aquí? —preguntó con tono jovial, tratando de anudar la cuerda alrededor del cuello, tan delgado; pero sus manos temblaban demasiado...—. ¡Se... ha escapado! —explicó.

—¿Ah, sí?

Era un verdadero duelo de hipocresía: los agentes fingían creer que el perro pertenecía realmente a aquel chiquillo de zapatos demasiado ordinarios y de ropa excesivamente larga: un chiquillo patibulario, como el perro. El hombre del impermeable se presentó para estropearlo todo, utilizando justamente las mismas palabras:

—¡Vaya, vaya! ¿Qué haces aquí?

El perro comprendió antes que nadie; con el mismo movimiento de poco antes delante del carruaje, retrocedió, alejándose de los hombres de azul. De dos presas, los guardias escogieron la menos protegida; abandonaron a Alain Robert y corrieron tras el perro.

—¡No, no! —gritó Alain Robert, sepultando sus manos en las mangas de la gabardina—. ¡Van a cogerlo! Es necesario... ¡No sé! Es preciso... ¡Oh, mire!

En el momento en que los agentes iban a alcanzarlo —el animal ya estaba inmóvil, con las orejas gachas, la cola caída y temblorosa—, se le reunió otro perro. Venía del muelle del Reloj: era un perro lobo sin collar, pero también extraviado desde poco antes; con un día o dos por lo menos de vagabundeo en las patas. Enseñó los dientes, aunque sin gruñir ni moderar el paso; los hombres se apartaron y los dos animales se fueron juntos, igualando la marcha, hacia los muelles. «¡Se han salvado! —pensó Alain Robert—. Salvados, estoy seguro... Porque llegó el otro..., porque son dos...»

Salvados porque son dos... Pero el secreto de los perros perdidos, ¿no es también el de los niños abandonados? Alain Robert no sabía que en aquel mismo instante, al lado opuesto de aquella ciudad desconocida, Marco se disponía a reunirse con él. Marco... ¡Pero paciencia! El Destino que conduce uno hacia otro a los niños perdidos, el Destino tiene dos manos: la mano derecha, la más hábil, se llama el Médico; la mano izquierda, la del corazón, el Juez de menores... «Salvados porque son dos...»

El acompañante arrastró a Alain Robert por el brazo.

—Vamos, apresurémonos; nos esperan en Denfert... ¿Qué te ha pasado con ese perro? —añadió casi tímidamente, seguro de antemano de no obtener respuesta.

—Quería cogerlo, salvarlo —dijo con amargura Alain Robert, frunciendo las cejas—. Pero ya lo vio usted...; me temía tanto como a los que intentaban atraparlo. No hay derecho...

—¡Sí, no hay derecho! —repitió el hombre con una voz extraña; y soltó de pronto la mano del chiquillo—. ¡ Se entrega uno a ellos, se les quiere salvar, se da la vida por ellos y ellos temen y se burlan de uno!... Sí, no hay derecho.

Había hablado con tal calor que el muchacho, sorprendido, le miró: le vio muy sofocado, respirando fuerte y con los ojos brillantes; ojos auténticos tras las gafas. No compren-

dió del todo por qué fue él mismo quien volvió a coger la mano de aquel tipo y por qué, señalando con la enorme manga una masa de piedra (que era Notre Dame de París), preguntó con voz sumisa y algo temblorosa:

—Y esa iglesia, señor, ¿cuál es?

Capítulo primero

La tía Papeles

«VOY a mandarte a Denfert», había dicho el director provincial; y el guardián añadió en el mismo instante: «¡Depri-sa!, te esperan en Denfert...» Alain Robert siempre entendía «el infierno»¹. Entró, pues, en el hospital-hospicio de la avenida Denfert-Rochereau con los puños apretados en el fondo de los bolsillos, dispuesto a escaparse a la menor amenaza. Pero el primero de los hombres de blanco le guiñó el ojo, se quitó el cigarrillo de la boca y le dijo: «¡Buenas tardes, chico!» El chiquillo no ignoraba que la apariencia de bondad es el lazo preferido por las personas mayores y sólo le devolvió una mirada fría.

—¿Traéis los papeles? —preguntó el hombre, cuyo cigarrillo había cambiado de lugar.

El individuo del impermeable sacó unas hojas que el empleado examinó y colocó rápidamente en abanico en una sola mano, a la manera de un jugador de cartas. «Bien..., sí..., bien...» No pidió más; le bastaba el juego...

Este era, pues, el famoso expediente, sin el cual Alain Robert no tendría derecho a la «vida administrativa». Aquel expediente era un compañero inseparable y más importante que él mismo, porque si uno de los dos podía vivir sin el otro, ciertamente ése no era el muchacho. Alain Robert lo seguía con mirada ansiosa según pasaba de mano en mano... Las enfermeras que conducirían al pequeño de servicio en servicio le protegerían como un ala azul; mientras apoyaban la mano izquierda en su hombro, la otra mano sostendría precisamente el «expediente». Y cuando lo apre-

tasen demasiado fuerte, o lo plegasen, o lo retorciesen, el muchacho sufriría.

En un momento llega al primer patio, ante unos veinte rótulos de esmalte: Consulta..., Cirugía..., Pabellón Pasteur..., Nariz, Garganta, Oídos... ¡Alain Robert no tenía ganas de reír! Pero pensó que sería gracioso que la nariz, la garganta y las orejas de las personas escapasen hacia la izquierda siguiendo la flecha y sus ojos hacia la derecha; los «nervios» al fondo, y los «huesos» bajo la bóveda... Pabellón de dudosos, leyó sobre una puerta. «¿Dudosos? Si me llevan ahí, no entro.»

Pero, no: pasaron adelante, con el expediente en la mano. No cesaban de cruzar mujeres que llevaban con obstinada torpeza un paquete en el brazo: un bebé; pero Alain Robert no se dio cuenta de lo que era hasta que chilló uno de los paquetes. Con bromas de soldado aquellos hombres de blanco amontonaban fardos de ropa blanca en un coche de caballos. Todo parecía blanco; pero una caja de biberones al pasar en una carretilla bastó para volverlo todo gris, arrugado, áspero. Alain Robert se paró ante el caballo que exhalaba dos chorros de vaho en el aire frío.

¡Era el primer encuentro que le causaba placer aquella mañana! Acarició fuertemente las narices tibias y suaves, tan suaves...

—Grr, «Campesino» —le susurró. Era el nombre del caballo de la granja Deroux.

—¿Qué esperas? —preguntó la enfermera, y agitó la carpeeta como una llamada.

Alain Robert se acercó corriendo a su hermano de papel; el caballo volvió la cabeza lentamente para seguir con la mirada a aquel niño cuya mano sabía hablarle.

Pasaron luego por delante de una cocina de ogro, con marmitas inmensas; después, a través de dos patios de recreo. Los muchachos se perseguían gritando; las chicas se paseaban de dos en dos; todos llevaban delantales de cuadritos azules o rojos. Y las ventanas también: cortinas de pequeños cuadros azules o rojos tras de las que se amontonaban caras muy serias o muy sonrientes. Alain Robert frunció las

cejas; se sintió espionado por todas partes. «Los mando a la mierda —se dijo con mirada sombría—; me ensucio en ellos, puesto que los mando a la mierda»; y este razonamiento le pareció decisivo.

El expediente y el muchacho, siguiéndose el uno al otro, fueron de blusa blanca en blusa blanca. A Alain lo tallaron, lo pesaron, lo auscultaron, le hicieron toser y repetir treinta y tres, enseñar la garganta y decir «jaaah...!» Le dieron en los tobillos, en las rótulas y en las muñecas con un pequeño martillo. ¡Bueno...! Le palparon los riñones, el vientre, más abajo... ¡Ay...! «¿Te duele aquí...?» Le rascaron el brazo con una pluma de escribir, le pincharon con una aguja larga. «¡No te muevas, esto es lo último...!» Le inyectaron líquido y le extrajeron sangre. Le hicieron orinar en un gran vaso. «¿Viene?» «¡Me parece que no!» Y de pronto: «Sí, viene.» «¡Y detente antes que el vaso desborde...!»

Esto duró un día entero y en cada servicio había chicos en delantal, con el pelo rapado, sentados en sillas blancas (a veces su calzado ni siquiera tocaba al suelo), y todos a una volvían hacia el que llegaba con unos ojos tristes y resignados, como bestias de establo. Los que esperaban hacía mucho tiempo que se distinguían por su balanceo de oso enjaulado. En el consultorio odontológico se podía ver una fila de mejillas de las que sólo una era roja, como algunas manzanas...

Un día entero, y el chiquillo acabó la jomada mejor examinado, cuidado y vigilado que ningún hijo de millonario... El expediente se había llenado con nuevos certificados, y el carnet sanitario quedaba cubierto de toda clase de escritos y de sellos cuya tinta violeta calaba el papel color de cielo nevado.

En la sección de niños (grupo medio), los compañeros se echaron sobre Alain Robert como los peces sobre un guijarro que toman por miga de pan, y se dispersaron al ver que no les respondía nada. «¿De dónde vienes...?» «¿Por qué te mandaron aquí...?» «¿Hay tipos malos por allá...?» «¿No conociste a Marcelo, un pelirrojo?» ¡Nada, ni una palabra! Du-

ro, frío, ciego y sordo como una tapia, había decidido sumergirse hasta el fondo del agua.

—Es mudo —dijo uno de los niños.

—¿Tú crees? Es italiano...

—Mierda —respondió únicamente a las dos hipótesis.

—Es un grosero, no hay duda —añadió un tercero, que buscaba gresca.

Pero sin apresurarse, Alain Robert se metió en su cama y se volvió del otro lado, hacia uno que dormía.

—Estás en una cárcel —dijo el falso dormido con voz ronca y sin siquiera abrir los ojos—. Pero yo me cago en ella; no me quedaré: ¡soy «temporero»!

Por única réplica, Alain Robert cerró la última puerta que había entre él y todos aquellos rostros vulgares; bajó los párpados. «¿Temporero? —pensaba—. ¡Qué miserable; ni siquiera tiene expediente!»

Durante la clase de la mañana el maestro recibió una nota: «Llaman a Alain Robert de parte del doctor Clérant, del servicio médico-psico-pedagógico...» Los muchachos se daban con el codo sonriendo maliciosamente. Uno mayor se contorsionó hasta atraer la atención de Alain Robert, y luego, mirándole a los ojos, se golpeó dos veces la sien con el índice doblado. ¡Mala suerte! A él precisamente es a quien designa el maestro para acompañar a su camarada al despacho del doctor Clérant. «¡Oh!, ¿por qué he de ser yo, señor...?»

—¿Qué es eso del servicio médico? No sé lo que es —dijo Alain Robert, casi rodando por la escalera, con el delantal desplegado.

—¡El médico de locos!

Por orgullo, el chiquillo no preguntó más; tuvo que agarrarse al pasamano porque no le sostenían las piernas. ¡Oh, cuánto le gustaría ser el compañero, el conserje, aquel enfermo que pasaba con un lápiz en la oreja, cualquiera menos Alain Robert...!

—Es allí —dijo el muchacho, cuando estaban todavía lejos. (Un pequeño pabellón rosado entre construcciones grises:

un niño perdido entre una multitud...)

—¿Me acompañas?

Entraron. No olía a éter ni a limón ni a lejía, sino sólo a pintura. Una blusa blanca —¡otra más!— avanzó hacia los muchachos.

—¡Este es Alain Robert! —dijo enseguida el mayor.

—¿Y tú? —preguntó la señorita Alicia, la ayudante del doctor Clérant.

—¿Acaso me han llamado a mí?

—No. Pero sin embargo podrás decirme tu nombre.
4#Eduardo Avon —dijo el otro atropelladamente, con temor.

Se escapó, cerrando de golpe la puerta. La señorita Alicia se encogió de hombros y se volvió hacia el pequeño.

—Oye... Pero ¿por qué me miras así, Alain Robert?

¡Yo no voy a pincharte! Espérame aquí tranquilamente...

Volvió a entrar en el escritorio de puertas vidrieras, donde desde hacía ya un cuarto de hora trataba de desentrañar el secreto del pequeño Alberto, de siete años, de los cuales había pasado seis en un sanatorio a la orilla del mar.

—¿Qué estábamos diciendo, Alberto?... ¡Ah, sí! Cuéntame; seguramente había allá una enfermera que querías mucho.

—¿Cómo era? ¿La vuelves a ver cuándo cierras los ojos?

—¿Y aquí, cómo se llama tu enfermera?

—Enfermera Rousseau.

—¿Crees que te quiere mucho la enfermera Rousseau?...

—¿Te gustaría que te quisiera mucho...? —Siempre la cabeza baja, la misma sonrisita.— ¡Estoy segura de que te quiere mucho...! Oye: ¿sabes lo que es una familia...? Pues un papá y una mamá con quienes se vive, que nos dan de comer, que nos besan de noche... ¿Te gustaría estar en familia?

—No.

—¿Adónde quieres ir?

—Aquí.

—¿Quedarte aquí? Mira, Alberto, óyeme: ¿no te gustaría tener una mamá...? Te diría: «Este es mi niñito Alberto...»

—No.